

Stephen King:

algo más que libros
en la biblioteca

Ángel Esteban

Maine es uno de los estados más peculiares de USA. Situado en la punta noreste del país, limita con Canadá por el norte y con el resto de Nueva Inglaterra por el sur y el oeste. Tiene una fuerte influencia francófona, como Louisiana, y en sus dominios comienza la famosa carretera 95, que atraviesa toda la Costa Este norteamericana, hasta Miami, recorrido que, en condiciones normales, cuesta tres días completar. Allí nació, vivió durante muchos años, vive todavía y trabajó como bibliotecario Stephen King, el escritor que ha vendido ya más de cien millones de ejemplares de sus obras, que son cerca de sesenta hasta la fecha, y del que se han hecho más de cuarenta versiones cinematográficas de sus novelas y cuentos, con películas tan conocidas como El resplandor, Cuenta conmigo, Misery, La milla verde o La ventana secreta.

Pero esa vida de fama, dinero y producción desbordada no estuvo exenta de numerosas y grandes dificultades en sus comienzos, lo que le obligó a realizar diversos trabajos, como profesor de inglés, lavadero, empleado de una gasolinera, columnista en varias publicaciones y también bibliotecario, en la Universidad de Maine.

King nació en una familia modesta, en 1947, y a los dos años su padre abandonó su la mujer y a sus dos niños, por lo que la situación económica de los King empeoró notablemente. Después de dar vueltas por varios estados y ciudades, como Fort Wayne (Indiana) o Stratford (Connecticut), madre e hijos volvieron a Maine, concretamente a la ciudad de Durham. Allí empezó el joven Stephen a desarrollar sus aptitudes como escritor, si bien desde muy pequeño había sido un lector voraz e irreprimible. Hacia 1963 publicó su primer libro de cuentos, en colaboración con un amigo, titulado *Gente, lugares y cosas*, que muchos años más tarde se consideraría un verdadero objeto de culto. De hecho, hoy sólo se cuenta con un ejemplar conocido, que está en manos del autor, aunque muchos coleccionistas poseen fotocopias de algunas páginas. Pero en aquel momento ese libro no fue ni conocido, ni difundido. El primer trabajo literario que le supuso una recompensa económica se titulaba *Yo fui un ladrón de cadáveres*

adolescente, publicado en 1965, justo un año antes de ingresar en la universidad. Sus estudios en la Universidad de Maine se centraron en la Filología Inglesa, y durante esos años escribió al menos cinco novelas. En 1967 terminó de escribir una de sus novelas más aplaudidas, *La larga marcha*, pero en 1968 descubrió que el mundo de las publicaciones literarias no era fácil ni asequible, en ese momento, a la fortuna de un principiante, pues su obra *La espada en la oscuridad*, de 1968, fue rechazada por doce editoriales.

Ni sus colaboraciones en prensa ni sus relatos eran suficientes para vivir, y su madre sólo podía darle, y no siempre, cinco dólares semanales. Por eso, mientras estudiaba la carrera, comenzó a trabajar en la biblioteca de la universidad, mediante una beca que recibió para costearse los estudios a cambio de trabajos para la institución universitaria. Conocía la biblioteca como la palma de su mano. Ya llevaba unos años estudiando, y 1969 iba a convertirse en uno de los años más importantes de su vida. Pasaba muchas horas repartiendo libros, recogiendo ejemplares para devolverlos a su sitio, vigilando entradas y salidas, etc., como hacen los estudiantes que compaginan estudio y trabajo. Es una práctica común en muchas universidades de los Estados Unidos facilitar a los alumnos una ayuda económica a cambio de una función que

complemente la que hacen algunos trabajadores, como los servicios de fotocopiadoras, las tiendas universitarias, los restaurantes, bibliotecas, servicio de limpieza o administración. Para King, trabajar en la biblioteca fue algo más que un respiro económico, pues era un lugar que frecuentaba desde su ingreso a la universidad, y su familiaridad con los libros era ya proverbial. Además, el recuerdo de esa temporada se hizo todavía más apremiante, dadas las circunstancias que rodeaban al país en esos momentos. El mismo King, haciendo recuento de esos meses de trabajo entre libros y estanterías, trazó un mapa de la actualidad de ese año de 1969:

Eran años de convulsión política, de rebeldía universal, de revoluciones, de miradas jóvenes. Quedaban secuelas graves del mayo del 68, y los adolescentes miraban a sus ídolos, que casi siempre eran grupos de música o cantautores críticos y desenfadados. Continuaba King: “Yo llevaba unas patillas de concurso, casi hasta la barbilla. Credence Clearwater Revival cantaba *Green River* (chicas descalzas bailando a la luz de la luna), y Kenny Rogers seguía con *The First Edition*. Habían muerto Martin Luther King y Robert Kennedy, pero Janis Joplin, Jim Morrison, Bob *the Bear* Hite, Jimi Hendrix, Cass Elliot, John Lennon y Elvis Presley seguían vivos y en activo. Yo me alojaba justo al lado del campus, en las habitaciones que alquilaba

“Cuando era niño me gustaba la biblioteca. ¿Por qué no? Era el único lugar donde un chico relativamente pobre podía conseguir todos los libros que deseaba. Sin embargo, al continuar escribiendo descubrí una verdad más profunda: también me daba miedo”.

Conseguí una especie de beca de colaboración en la biblioteca de la Universidad de Maine. Fue una temporada con aspectos buenos y malos. Nixon había puesto en marcha su plan de punto final a la guerra de Vietnam, plan que parecía consistir en arrasar todo el sudeste asiático con bombardeos indiscriminados. Cantaban los Who: *Meet the new boss (same as the old boss)*. “Os presento al jefe nuevo, que es igual que el de siempre”. Eugene McCarthy, el rival de Johnson entre las filas demócratas, se dedicaba a fondo a la poesía, y los felices hippies llevaban pantalones de pata de elefante y camisetas con lemas como “Matar por la paz es como follar por la castidad”¹.

un tal Ed Price (siete dólares semanales, incluido el cambio de sábanas). El hombre había llegado a la luna, y yo a la lista de alumnos problemáticos. Ocurrían verdaderos milagros, cosas prodigiosas”².

Pero lo mejor de ese año, de ese contacto continuo con la biblioteca, no fue la cercanía con los libros, sino que allí conoció a una chica que trabajaba también en la misma sala. El primer encuentro con ella fue decisivo. Varios amigos que tenían el mismo horario, salieron un rato al césped del recinto a comer. Dos de ellos tenían en ese momento a una chica sentada en sus piernas, delgada y de risa escandalosa, con el pelo teñido de rojo y una minifalda amarilla que dejaba poco espacio a la imaginación. Se llamaba Tabitha Spruce. Hasta entonces, Stephen no la había visto en la biblioteca, y pensó que era novia de alguno de sus colegas. Pero no era así. Pocos meses después, en el otoño de 1969, asistieron juntos a un taller de poesía, y allí nació un noviazgo que llegó al matrimonio en 1971, y que sigue vivo y palpitante al cabo de casi cuarenta años. Escribió King al respecto:

En parte me enamoré porque comprendía la intención de sus escritos. Y ella la de los míos. También me enamoré porque llevaba un vestido sexy y medias de seda de las que se ponen con ligero³.

Algunos de los colegas de clase y de los que trabajaban con Stephen en la biblioteca también asistían a los talleres de poesía. Aunque el ambiente era bueno, quizá no tanto los puntos



de partida. Muchos de ellos pensaban que sólo la escritura espontánea era viable, y que el artista debía aprovechar los estados de arrebató para crear. Los aspirantes a escritores vivían en un mundo nebuloso y esperaban que el soplo divino les alcanzara. Además, a menudo caían en la trampa de ofrecer textos herméticos pensando que la calidad literaria estaba relacionada con la dificultad de interpretación. King era muy crítico con esas poses, lo que le unió mucho más a su colega de biblioteca y más tarde novia, pues ella era de la misma opinión que Stephen. Así lo explicaba:

Si se le ocurría a alguien preguntar al poeta por el “significado” del poema, se exponía a una mirada de desprecio y al silencio incómodo del resto del grupo. Evidente que no les habría quitado el sueño la posibilidad de que el poeta fuera incapaz de explicar algo sobre el mecanismo de la creación. Si se insistía en ello, el autor o autora podían contestar con toda tranquilidad que no existía ningún mecanismo, sólo la emoción seminal: primero hay una montaña, luego no hay ninguna montaña, luego sí. Y si el poema resultante peca de vago, si se basa en la premisa de que las palabras genéricas como “soledad” tienen el mismo sentido para todos... pues nada, tío, pasando de

rollos anticuados y a disfrutar. Era una actitud que a mí me convencía bastante poco (pese a no atreverme a decirlo en voz alta o explícitamente), y me alegró comprobar que a la chica guapa del vestido negro y las medias de seda tampoco. No es que se plantara y lo dijera, pero tampoco hacía falta. Se notaba en lo que escribía⁴.

Las reuniones del taller eran dos o tres semanales. Compaginaban el horario de la biblioteca con el de las sesiones literarias. Eran tres profesores y unos doce alumnos, en un ambiente de igualdad francamente agradable. Antes de cada sesión se escribían los textos a máquina y se hacían copias para todos en el Departamento de Literatura o en la misma biblioteca. Así, cada uno podía seguir a diario el trabajo del resto de los participantes. A Stephen le gustaba siempre explicar cómo habían nacido sus textos y cuáles eran las estrategias discursivas que habían terminado en tal o cual obra.

Hay un relato, precisamente relacionado con sus experiencias en las bibliotecas, recogido dentro de su libro *Después de medianoche*,⁵ que desentraña ciertos miedos pero también claras afinidades con el universo de las bibliotecas desde niño. Se trata del modo en que nació su relato “El policía

Liber Distribuciones Educativas S.L. es una empresa dedicada a la distribución de material bibliográfico y audiovisual, incluyendo literatura infantil, juvenil y de adulto, literatura en diversos idiomas extranjeros, CDs, DVDs y audiolibros.

En esta ocasión ofrecemos esta colección de títulos en letra grande. El contenido es atractivo y la pretensión ambiciosa: que muchas personas, mayores o con deficiencias visuales, no se vean obligadas a renunciar al placer de la lectura.



COLECCIÓN LETRA GRANDE

- ▶ 81 títulos en la colección
- ▶ Relatos cortos agrupados por temas, autores o espacios geográficos
- ▶ Autores de renombre como Jorge Luis Borges, Edgar Allan Poe, Arthur Conan Doyle, Anton Chéjov, Julio Cortázar, Pablo Neruda, Pío Baroja, Gustavo Adolfo Bécquer, Guy de Maupassant, Bram Stoker, Alejandro Dumas y muchos otros.



LIBER S.L.

Liber Distribuciones Educativas S.L.

Tel.: 946 32 10 32 - Fax: 946 32 10 42 - E-mail: info@libersl.com - www.libersl.es

de la biblioteca”. Cuenta King que un día le pidió su hijo Owen que le consiguiera un libro para un trabajo escolar, y él le sugirió que fuera a buscarlo a la biblioteca local. Pero Owen le contestó que no quería ir porque tenía miedo de “la policía de la biblioteca”. Según parece, siendo Owen muy pequeño, su tía Stephanie le había contado una historia de terror relativa a ese cuerpo enigmático de hombres sin cara que supuestamente irían a tu casa si no devolvías los libros cuyo plazo había vencido. El gran problema era lo que podría pasar si no encontraras el libro y esos hombres te llevaran preso a un lugar indeterminado y desconectado de tu familia y tus amigos. De esa conversación nació el relato, como reconoció King:

Durante los tres o cuatro días siguientes me sorprendí pensando en la policía de bibliotecas, y mientras lo hacía empecé a vislumbrar el bosquejo de mi próximo relato. Así es como se me suelen ocurrir los relatos, aunque por lo general el período de reflexión es más largo que en este caso. Cuando empecé, el relato se titulaba “La policía de las bibliotecas”, y no tenía una idea clara de cómo se desarrollaría la historia. Pensé que probablemente sería un cuento como, algo así como las pesadillas suburbanas del extinto Max Shulman. Al fin y al cabo, la idea era divertida, ¿no? ¡La policía de las bibliotecas! ¡Qué absurdo! Sin embargo, comprendí algo que ya sabía: los miedos de la infancia son terriblemente persistentes. La escritura es un acto de autohipnosis, y en esta situación se produce un estado de total memoria emocional, en el cual los terrores que deberían haber muerto hace tiempo empiezan a funcionar y a hablar otra vez⁷.

Y ese pensamiento volvió a llevar a Stephen a la

maltraída y llevada infancia dura y gris que, sin embargo, había encontrado acomodo feliz entre los libros de las bibliotecas, aunque el miedo de Owen parecía que venía de la misma estirpe de los King, a juzgar por las palabras del padre recapitulando los argumentos del hijo:

Es lo que empezó a sucederme mientras trabajaba con este relato. Al comenzar sabía que cuando era niño me gustaba la biblioteca. ¿Por qué no? Era el único lugar donde un chico relativamente pobre podía conseguir todos los libros que deseaba. Sin embargo, al continuar escribiendo descubrí una verdad más profunda: también me daba miedo. Temía perderme entre las estanterías oscuras, temía ser olvidado en un rincón oscuro de la sala de lectura y quedarme encerrado toda la noche, temía a la vieja bibliotecaria de pelo azulado, gafas en forma de ojos de gato y boca casi sin labios que te pellizcaba el dorso de la mano con sus dedos pálidos mientras siseaba *chiist* si olvidabas dónde estabas y empezabas a hablar demasiado alto. Y efectivamente, temía a la policía de bibliotecas⁸.

Sin embargo, los miedos infantiles enseguida fueron superados por Stephen. No sólo era un asiduo visitante de las bibliotecas, sino que durante un tiempo, allá por los últimos sesenta, tuvo que realizar las mismas funciones que la señora de pelo azulado que llamaba la atención a quienes hablaban demasiado alto en la biblioteca de la Universidad de Maine, y seguro que, entonces, también se hizo amigo de la policía de esa biblioteca, e incluso les acompañó en alguna ocasión a llevarse a algún niño, que no había devuelto a tiempo el libro, a un lugar indeterminado y desconectado de su familia y de sus amigos, para darle su merecido. ■

Notas

- 1 King, Stephen, *Mientras escribo*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, pág. 38.
- 2 Vid. nt anterior.
- 3 King, op. cit., pág. 39.
- 4 King, op. cit., pág. 40.
- 5 Utilizo la edición de Barcelona, Ediciones B, 1992.
- 6 Vid. nt anterior.
- 7 Vid. nt anterior.

Ficha Técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.
ILUSTRACIONES: Foto 1: <http://opiniones.terra.es/> [...] y Foto 2 <http://neverneutral.files.wordpress.com/2009/02/kinghisstudio.jpg>.
TÍTULO: Stephen King: algo más que libros en la biblioteca.
RESUMEN: El estadounidense Stephen King, autor de novelas como *La milla verde*, *El resplandor*, *Misery* o *La ventana secreta*, además de usar el escenario de la biblioteca en algunos de sus relatos de terror, también trabajó como bibliotecario. Fue en el año 1969, durante su etapa estudiantil en la Universidad de Maine. A cambio de una compensación económica para costear sus estudios, King realizó todo tipo de tareas en la biblioteca. Allí también conoció a la que sería su esposa y lo sigue siendo en la actualidad: Tabitha Spruce.
MATERIAS: King, Stephen / Autores Literarios / Bibliotecarios.